

IV PREGON DE LA COFRADIA DE LOS ESTUDIANTES
Pronunciado en la Iglesia de San Francisco
el domingo 20 de marzo de 1994
por don Jesús Castellanos Guerrero

Dios te salve, Reina del cielo.
Dios te salve, Señora de los Ángeles,
raíz que alimentó al frondoso árbol de la vida;
puerta por donde entró la luz del mundo, Dios te salve.

Dios te salve, Estrella de las noches oscuras de nuestra vida.
Bendita Tú entre las mujeres, sagrario perfecto que acunó el Salvador.
Santa María del sí rotundo y decidido,
Madre de Dios que nos inundas de Esperanza,
ruega por nosotros pecadores y recuerda que al pie de la Vera Cruz ser nuestra Madre,
Virgen Santísima de los Dolores.

Señor Presidente de la Agrupación de cofradías de Antequera.
Sr. Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de la Real Archicofradía de
Ntro. padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Ntra. Sra. de la Santa
Vera Cruz.
Cofrades que habéis acudido hasta aquí, amigos todos.
Señoras y señores.

No cabe otra opción a la hora de entender las palabras que han antecedido a las mías
que decir que son fruto de la amistad y de la benevolencia; coordinadas generosas
sobre las que Rafael Chenoll ha querido edificar su presentación, y que lejos de daros
una idea racional sobre mi persona, le han hecho distorsionar tanto la realidad, al
extremo de que casi no me reconozco.

De cualquier manera, gracias Rafael por tus palabras y, sobre todo, gracias por tu
constante amistad, por vivir las mismas inquietudes, por compartir los mismos
sentimientos; los sentimientos de aquellos que nos llamamos cofrades y que
anualmente nos convertimos en penitentes queriendo, aun a pesar de nuestros errores,
imitar al Nazareno.

Cuando aquel día de Junio me proponías los deseos de que fuese yo el Pregonero de
los Estudiantes de Antequera no calibraba en su justa medida lo que me estaba
pidiendo; tal vez por ello accedí sin meditarlo demasiado.

A lo mejor supuse que se trataba de un acto en el cual el academicismo era el
estructurador y, por tanto, su tesis fundamental no tenía por qué pasar por el
compromiso personal sino por la mayor o menor erudición del disertador.

A todas luces me equivocaba.
Me equivocaba y me alegro de reconocerlo.
No se trataba de eso.
No me pedías ninguna lección, y mucho menos magistral.

Me solicitabas, en nombre de la Archicofradía, algo más profundo, más comprometido y por ello, también más libre; querías que pregonase a los cuatro vientos que Antequera, como en tantos otros lugares de Andalucía, un grupo de jóvenes cristianos viven su fe y la ponen de manifiesto en la calle los días luminosos de la primera luna de primavera recordando que la Sangre de Cristo derramada en el calvario es fuente de vida y de salvación; rememorando el drama glorioso de la Cruz salvadora y significando el papel de María, la Virgen Corredentora, como modelo de creyente.

Proclamar sin vacilación que las Cofradías tienen todavía hoy mucho que decir y mucho que enseñar.

Trasladar a los demás lo que yo hubiese palpado en la vida de esta Corporación para que fuese anuncio comprometido de su inminente procesión del Lunes Santo.

Exponer, en definitiva, lejos del estudio y del análisis, de la disertación sobre la historia o sobre el arte, que hay otras razones, posiblemente menos académicas, pero ciertamente más convincentes, que los cofrades de hoy, como los de siempre, anunciamos la muerte y proclamamos la Resurrección de Jesús.

No me parecía difícil el cometido viviendo día a día esa misma fe y ese mismo sentir, ni me resultaba demasiado complicado argumentar vuestras inquietudes y anhelos, vuestros esfuerzos y sus resultados.

Sólo me he preguntado, una y otra vez, si será útil mi corazón para expresar vuestros sentimientos; si será válida mi voz para pregonar vuestra ilusión.

Por eso mis primeras palabras se han dirigido a la Madre.
No he podido plantear otro inicio.

Una antífona me ha servido de hilo introductorio y sé que desde su trono triunfante atenderá mi solicitud lo mismo que escuchó los anhelos de aquellos novios de Caná, cuando sin saber qué solución darle a algo tan material y tan humano como la falta de vino, Ella medió para que no hubiese fallo.

Ella que en esta ciudad de Antequera es reconocida y proclamada como Señora de los Remedios, ha sido el motor que me ha impulsado en los momentos difíciles de hilvanar estas líneas, el aliento que me ha animado mi espíritu, la brújula que ha orientado mi reflexión.

Hablar de vivencias a los que día a día construyen su propia realidad cofrade es como traer agua a un océano donde sólo su contemplación es indicador suficiente para saber que el esfuerzo será vano. Sin embargo, no penséis que estimo que se ha recorrido todo el camino; pues sería ridículo pensar que la obra ya está concluida, minimizar un proyecto deteniéndonos sólo por haber alcanzado algunas realidades.

Vengo a hablaros de mis ilusiones que son también vuestras. De mis desvelos que

también son vuestros desvelos, de vuestros proyectos que también son mis proyectos.

Vengo a deciros que la primavera está haciendo brotar las yemas verdes del árbol que no muere y va a romper el cáliz la flor que cuidamos primorosamente durante el año.

Vengo a anunciaros la fiesta de la muerte y de la vida, de la sombra y de la luz, del sacrificio y la victoria.

Vengo a hablaros de tradición y de sentimientos, de trabajo y de unión, de fe compartida, de compromiso y mensaje.

Vengo, en definitiva, a hablaros de lo que es una Cofradía.

Me imagino que al igual que lo he hecho yo muchas veces, vosotros os habréis preguntado sobre nuestra presencia en el mundo de hoy, sobre nuestra realidad en una sociedad que se hace cada vez más uniforme y en la que los valores materiales adquieren una proyección más rotunda y definitiva.

¿Para qué estamos en el mundo los cofrades, hacia dónde vamos, cuál es nuestra misión?

¿Para qué invertimos nuestro tiempo en tan dilatados esfuerzos, en tan continuos afanes?

Es evidente que son preguntas que nos podemos hacer y que nos hacen y las cuales, lejos de entenderlas como ataques a nuestra labor, deben ser puntos de reflexión sobre nuestra proyección en la realidad.

Una proyección que mantiene actualidad

Aun recuerdo la primera vez que entré en esta Iglesia.

No venía como invitado ni me di a conocer como el futuro pregonero. Llegué simplemente a ver la emoción ante un templo restaurado, ante unas imágenes insignes y una historia que se hacía patente por doquier, me llevaba a reconstruir mentalmente aquellas procesiones donde los disciplinantes, con la efusión de su sangre, querían remedar el supremo sacrificio de la Sangre derramada por nuestra salvación y en la que el desarrollo de un perfecto programa icónico hacía memoria del gran programa divino de la salvación humana.

Me imaginaba el convento inundado por la espiritualidad seráfica y los destellos envolvente de los palios en la noche. Veía el compás del templo y pensaba en aquel camino cuasi místico que llevaba hasta la ermita de la Vera Cruz. Era como transportarse en el tiempo y adentrarse en aquellas lejanas noches del Jueves Santo.

Puede pensarse que a lo mejor al cofrade sólo le interesa eso, sólo por eso se mueve, por querer perpetuar en la historia un ritual, unas acciones repetidas inmemorialmente y que, aún habiendo perdido muchos elementos, se conservan como una simple tradición pero carentes de sentido actual.

No creo que sea eso, pues siendo las Cofradías, tal vez como ninguna otra asociación

religiosa o civil, enormemente respetuosas con su pasado, también reconocen que conservando esa herencia vivifican su realidad actual.

Por eso el cofrade investiga y se detiene a explicar su historia. Y con esa labor no quiere ni idealizar el pasado ni justificarlo, por eso no se limita a recoger datos curiosos sino que quiere ser verdadero analista de los mismos pues sabe que la reflexión histórica le va a hacer comprender mejor el presente y le va a ayudar a transformarlo.

Sabe que la historia le está hablando claramente de lo que ha sido el pasado y la mentalidad religiosa de otros momentos reconociendo sus glorias pero también sus limitaciones y, precisamente porque las reconoce, cambia y modifica su comportamiento a la realidad actual sin que con ello se pierda en nada el espíritu que anima a la Cofradía.

Acercaos a vuestra Capilla y reflexionad sobre el mensaje que sus imágenes querían transmitir y acertaréis a comprender que la misma idea sigue viva, mantiene su actualidad, está presente la llamada poderosa de los hermanos de la Vera Cruz que anuncian en esta ciudad, como la hace la Iglesia Universal el Viernes Santo que Dios se sirvió de un patíbulo para darnos la Vida:

"¡Mirad el árbol de la Cruz donde estuvo clavada
la salvación del mundo. Venid a adorarlo!".

No pretendemos ser arqueólogos de comportamientos religiosos ni se nos puede comparar con taxidermistas de las manifestaciones del ayer.

Nuestra realidad sigue viva, nuestro mensaje no muere, no podrá morir jamás y nuestras formas, aun vinculadas en modelos seculares, seguirán teniendo vigencia mientras continúen moviendo el ánimo de los fieles al transmitirles el anuncio gozoso y salvífico de la Redención.

Algo más que un Museo

Recuerdo que en aquella mi primera visita a San Zoilo estaba presidiendo el altar el Santo Cristo Verde y tras él, en su camarín, la Virgen de la Santa Vera Cruz, un cúmulo de arte y belleza plástica que iluminando con la luz de la fe se convertía en un estímulo a la reflexión teológica.

Arte, historia, tradición; todo un legado patrimonial que podríamos ver como un museo, si queréis como el más moderno de los museos, como esos donde el espectador entra en contacto con una realidad simulada para comprender mejor la obra. Y todo esto conservado por una Cofradía.

Pero tampoco una Cofradía es exactamente una colección de piezas y sin embargo, es cierto que las Hermandades en su secular andadura han ido acumulando elementos artísticos y que además nuestras consecuciones materiales queremos y tenemos que procurar que estén impregnadas de ese buen hacer como una forma adecuada de poder presentar un mensaje que quiere ser trascendente.

¿Quién duda que el acerbo artístico de las Hermandades podría dar como resultado un magnífico museo?.

¿Quién duda que los cofrades, o al menos muchos cofrades, nos preocupamos enormemente en dotar a nuestras Hermandades de piezas verdaderamente señeras?.

Es cierto, pero a pesar de ello la obra de arte es sólo un medio para el cofrade, una posibilidad que se brinda a los fieles para que a través de la misma logren conectar con una realidad sobrenatural. La obra de arte actual y el legado artístico del pasado siempre serán medios nunca fines. No somos los cofrades esclavos de un sentimiento estético pero sí reconocemos que el estímulo de la obra bien hecha puede provocar un sentimiento religioso que acerque a Dios.

La escultura, la talla, la orfebrería, el bordado, la música, la luz detenidamente estudiada, el olor de las flores, el aroma del incienso, todo ese universo de elementos sensibles, todo ese armónico lenguaje aquí, en Antequera, como en toda Andalucía, está a la disposición de una idea imperecedera. Nos gusta el arte, quién lo duda, pero nuestra finalidad le trasciende. Por eso os decía que cuando pude contemplar, frente a frente, la nobleza de aquellas facciones, la dulzura de esa cabeza reclinada, las palabras ya rotas que parecían haberse escapado de su boca entreabierta, la frágil anatomía que pendía de la Cruz, el estímulo artístico mutó a sentimiento religioso:

"A Dios nadie le ha visto y sólo podemos conocerlo a través del rostro de Jesús."

El rostro de dios me lo estaba ofreciendo la Cofradía por medio de la imagen del Santo Cristo Verde y esa contemplación se convirtió en un caudal de esperanza, en un anuncio gozoso que proclamaba con elocuencia que esa Cruz era manantial inagotable de vida, árbol frondoso donde la muerte había sido definitivamente vencida.

Algo más que un grupo humano

Más tarde llegué a conocerlos. Entonces ya estábamos plenamente identificados. Cada quien era cada cual, y la Cofradía me mostraba ya otras facetas que si bien me eran desconocidas entroncaban perfectamente con mi manera de entender la vida de la Hermandad.

Conocí a un grupo humano preocupado por mantener todo ese legado que la devoción de Antequera había ido construyendo en torno a la Cruz. Supe los anhelos por concluir las restauraciones del templo y la ilusión siempre presente de ir rehaciendo e incorporando elementos ausentes. Contacté con un grupo de hombres y mujeres que no le tenían miedo al trabajo porque saben muy bien que ese es su verdadero capital y ese trabajo hecho realidad en cualquier ocasión, lejos de fatigar anima y lo que parece penalidad se transforma en alegría y lo que para cualquiera sería causa suficiente para el abandono aquí se torna en lazo que auna.

Pero una Cofradía es algo más que un grupo humano. Lo es, ciertamente; pero se trata de un grupo muy cualificado y no precisamente por su labor sino por su condición. No podemos negar que una Cofradía es una sociedad, un conjunto de hombres y mujeres que se unen buscando un fin, que debaten, que trabajan, que se relacionan, que conviven con todas sus consecuencias, las buenas y las malas, pero sobre todo una Cofradía es un grupo donde reina una idea de hermandad, sin ella no es posible seguir adelante y esa idea se fundamenta en una fe común.

Yo sé bien que las Cofradías, como los buenos diamantes, tienen múltiples facetas que irradian luces sorprendentes. La Cofradía es historia viva de un pueblo es, si queréis la más acabada expresión de cómo se expresa, cómo vive y cómo siente el andaluz; por eso en ellas cabemos todos, no sobra nadie, que las Cofradías son casas abiertas para compartir; pero que tampoco se le olvide a nadie que el cemento que nos une, la cadena que nos ata, el compromiso que nos anima supera el arte, la historia o la estética. Es mucho más fuerte y más comprometido que todo ello. Nos sostiene una Fe, nos alienta una Esperanza, nos mueve el Amor.

Somos un grupo humano, qué duda cabe, pero un grupo humano que por abrazarse a la Cruz de Cristo tiene que ser reconocido como cristiano.

Que lo entiendan todos los que formamos Iglesia y los que no pertenecen a ella: "Uno solo es nuestro Señor, una sola es nuestra fe".

Y qué triste es que los que participan con nosotros del mismo bautismo, los que con nosotros llaman a Dios Padre no vean ni quieran comprender que con ellos estamos haciendo el mismo camino, buscamos el mismo fin, nos impulsa el mismo Espíritu. No somos un grupo tan caduco, ni tan anacrónico, ni estamos tan fuera de la realidad, ni somos tan insolidarios.

Vivimos la fe dentro de nuestra Cofradía y nos preocupa enormemente nuestra formación como cristianos.

Mantenemos una tradición dentro de una liturgia que es la de la Iglesia.

Contribuimos con nuestro esfuerzo a que otros puedan trabajar y hemos hecho pervivir unas actividades que sin el concurso cofrade ya hace tiempo hubiesen desaparecido.

Queremos y sabemos compartir la alegría y también el dolor ajeno se convierte en nuestra tristeza.

Nuestras manos están abiertas, según las posibilidades de cada momento, a los que necesitan ayuda y sobre todo, que a nadie se le olvide, damos culto, hacemos memoria en la calle de la Muerte y Resurrección de Jesús, de su obra salvadora, de su impactante buena noticia y bendecimos y alabamos a María, la Virgen Inmaculada, como Madre y Corredentora del género humano.

Estos son nuestros carismas, que si a otros el Espíritu los ha bendecido con el don de predicación o de la enseñanza, a muchos con el de su entrega personal o para canalizar la caridad de los demás y a otros los ha llamado a contemplar con profundidad los misterios de la fe o a alabar las grandezas de Dios desde el claustro, a los cofrades nos empuja día a día, a pregonar en la calle por medio de símbolos e imágenes que Dios se hizo hombre y nos ha salvado. Mostrar que Dios está entre nosotros, hacer llegar por medio de la expresión sensible un entramado de experiencias que superan la emoción del instante y quiere mover al firme compromiso de la penitencia: la verdadera conversión.

Símbolos y compromisos ante la realidad

Ese universo que es la procesión hace presente entre nosotros un sentir colectivo que no improvisa nada, que no deja nada al azar, que reconoce en cada elemento una llamada a la reflexión, que interpreta el profundo mensaje de un palio, que entiende el

por qué de esa corona y esa luna, que lee en el color de las flores y ve en ellas muchas más cosas que una simple gama cromática, que se emociona ante la voz que rasga la noche con un cante que es oración y que vibra ante el compás de la música que inunda el aire poniendo cadencia indescriptible de nuestros tronos.

Un complejo mundo de sensaciones que no dejan escapar la capacidad de aprehender de nuestro pueblo que sabe abrir sus ojos a la luz parpadeante de la cera, sus oídos al crujido cadencioso del varal, el olfato al aroma del incienso que asciende y al azahar que llora, que tiende su mano para acariciar la imagen porque la humaniza al extremo y al que se le reseca su garganta cuando ve que su Hermandad va a iniciar su marcha.

Toda una trama de sentimientos tan difíciles de explicar, nos acercan una y otra vez, con contrastes rotundos, a ese sentir compartido y sincero que nos trae a la memoria que cada primavera reverdece el árbol que pensábamos muerto, que cada primavera estalla la flor oculta por el cáliz, que hay un manantial inagotable de vida que mana desde la cruz.

La procesión, cada procesión, en su propio itinerar se nos manifiesta como un verdadero símbolo eclesial. El cofrade, como la propia Iglesia Universal, es un caminante que busca la luz, un peregrino necesitado de encuentro. Camina entre tinieblas buscando el sol imperecedero, camina cargando con su cruz, con la de cada día y con la que representa aquella otra en la que murió el Maestro, y va tratando de dar respuesta sincera a la realidad de cada momento.

La procesión es, por encima de todo, ese acto público que lejos de ser asunto de un día se convierte, para el cofrade, en un auténtico compromiso cristiano que, superando lo exclusivamente simbólico, lo lleva a enfrentarse con realidades cercanas y lejos de evadirlo de compromisos con los hermanos le lleva a tomar una actitud distinta, un sentir diferente; le arrastra a ver las cosas de otra manera.

Para eso salimos a la calle, para recordar aquella buena noticia y para empaparnos de la realidad que nos rodea y que nos muestra un mundo injusto que tenemos que cambiar.

Que nadie piense que los recursos expresivos de las Hermandades, sólo están para emocionar o para conmover pasajeramente, sería entonces sólo un ritual caduco que podíamos interpretar con mayor o menor exactitud.

La Cofradía se pone en la calle para hacer que el hombre y la mujer de hoy, tomando el mensaje de la misma, acierte a dar un giro rotundo en su vida, proyecte su propia vivencia a los demás; trate de superar las injusticias humanas proponiendo y haciendo efectivo el mensaje del Redentor de manera que, asumiendo cada uno de esos símbolos que recogen toda la experiencia religiosa de nuestro pueblo, acertemos a comprender en la luz del cirio la fe inquebrantable; en el incienso el amor capaz de entregarse a los demás y cuyo aroma, como el de las buenas obras, ascienden a la presencia de Dios; en los palios el reconocimiento enfatizado de la dignidad de quien va bajo él; en el esfuerzo de los que meten su hombro la idea de solidaridad y de trabajo compartido.

Los preparativos

Os parecerá que fue ayer mismo cuando las puertas del templo se cerraron y tras las felicitaciones de siempre, las lágrimas de siempre, el mismo sueño de cada año siempre presente. Alegría que nos hace llorar, esfuerzo que nos hace sentirnos satisfechos y que, una y otra vez, nos lleva a recordar aquello que nos parecía imposible y a volver a proyectar cuando apenas hemos concluido.

-Acordaos que el palio del Nazareno tenemos que arreglarlo y que el dorado de la marquilla tenemos que ir viendo la manera de restaurarlo pues ya no puede salir más años de esa manera.

-Desde luego el año que viene la luz eléctrica se acaba y vamos a iluminar sólo con cera.

Y así tantas y tantas cosas que tenemos que hacer el año que viene.

Ese Lunes Santo que ya se está vislumbrando cuando apenas el actual acaba de expirar.

Continua labor del cofrade que en esos momentos del encierro parece que quiere poner al día todo su trabajo pasado y que lejos del desaliento y del cansancio le compromete a trabajar más.

-El año que viene tenemos que tener concluido el retablo del Nazareno y tenemos que pensar lo que vamos a hacer el día de la Cruz.

-Desde luego que lo de la Feria fue un éxito pero tenemos que buscar la manera de hacer algo más. Y tenemos que intentar que nuestro Belén lo vea más gente para que se enamoren de ese Niño que nació a los pies de la Puerta de Málaga.

Parece que no hacemos nada porque nuestros deseos caminan más aprisa que nuestras posibilidades. Y esas ilusiones de aquel Lunes Santo pasado empiezan a ser realidades porque nos anima algo más que un deseo pasajero.

De nuevo todo dispuesto para salir y la incertidumbre y los nervios volverán a estar entre nosotros como insustituibles compañeros.

El estandarte de la Cruz dibujando su sobrio y contundente perfil anuncia que tras él un grupo de hombres y mujeres, de estudiantes de esta tierra y de los que dejaron ya de serlo; un grupo de hombres y mujeres con el espíritu de una juventud que no se conforma y que exige; con el impulso de una juventud que sabe lo que dice y que no admite el que las cosas seña como son porque sí; con la dignidad de una juventud que no transige con la presión ni la injusticia, que no puede justificar el racismo ni la marginación, va a iniciar su deambular penitente.

Va a echar a andar llevando sobre sí el único poder que conoce, la única fuerza de que dispone, la única verdad que existe.

El poder, la fuerza y la verdad que le da la Cruz.

Todo está dispuesto para salir.

El incienso se quema sobre el carbón rutilante, la cera arde y llora a la vez, la flor abre sus pétalos y exhala su olor consiguiendo, en la penumbra del templo, su verdadero efluvio de vida que inundarán la ciudad cuando los tronos comiencen a salir.

Están los hermanacos dispuestos y las almohadillas colocadas en su lugar, tras ese rito matutino que es como el primer encuentro con Jesús y con María.

Dispuestos están los Hermanos Mayores de Insignias y el Mayordomo.

Todo está preparado para decir de nuevo que no estamos anclados en un pasado glorioso sino que nuestra misión es caminar entre los hombres de hoy para mostrar al que es la Luz del mundo.

Como en tantos lugares de nuestra tierra todo está dispuesto.

Las flores colocadas con armonía. La cera geoméricamente ordenada, la campana o el llamador a punto de sonar, los varales o las trabajaderas esperando ser portados, los palios palpitantes por su inmediata mecida, los pentagramas preparados para los mejores acordes. Nazarenos y cargadores, penitentes y hermanacos, hombres de trono y costaleros, campanilleros y diputados de tramo, mayordomos y capataces, insignias y tarjeteros, todos estamos preparados que aquí, en esta tierra andaluza, todo está dispuesto para hacer memoria, para recordar que la tiniebla fue vencida por la luz, que la noche ha sucumbido ante el destello del día, que la vida está brotando desde una cruz cargada de esperanza por la victoria del Redentor.

Está todo dispuesto y ya todo es soñar.

¿No oís ya el crujir del palio al andar?

¿No sentís ya el golpear de las horquillas?

¿No os está abrumando el aire cálido del atardecer?

¿No presentís ya el momento?

¿No escucháis el tambor que redobla y la música que inunda el ambiente?.

Una procesión presentida

Cerrad los ojos un momento y hacer presente lo que dentro de ocho días va a ser una realidad palpable. Cerrad los ojos y dejad que os hable el corazón.

Ya han llegado los hermanacos y los mayordomos al templo, está el compás de la iglesia rebosante de inquietud y apenas pasan unos instantes cuando el dintel de la puerta quiere besar la equilibrada conjunción de un palio que cobija, entre la verticalidad sublime de sus varales, la delicada imagen de María.

Y esa puerta que es algo más que un espacio arquitectónico, que es verdadero símbolo de lo que es transitar va a dejarnos ver en la imagen excelsa del Nazareno, ese camino que es vida.

Mientras, la luz crepuscular habrá puesto los más exquisitos matices para que ese

irrepetible escenario adquiera los rasgos más profundos y los cuatro hachones que custodian al Cristo Verde estarán dibujando con su cálida luz la yerta imagen de su Muerte.

Perfecto discurso, magistral disertación, lección inolvidable que los Estudiantes antequeranos habéis aprendido de vuestros mayores y que lejos de haberla convertido en una rutina la seguís elevando a la categoría de experiencia viva y comprometida.

Se ha puesto en marcha la procesión y los nazarenos empiezan a caminar en pos de la cruz. Como lo harán todos los días de la Semana Santa los nazarenos de esta tierra. Caminar compartiendo las mismas vivencias; caminar pregonando que fue Jesús quien nos salvó, caminar por tantos caminos y tantas calles haciendo llegar el mismo mensaje aunque sean distintos los elementos para la reflexión; caminar alabando a María, caminar con Ella, hablar con Ella, sufrir con Ella. Caminar por donde otros ya pasaron, por donde otros proclamaron la misma idea.

Nazarenos de todos los tiempos y de todos los lugares, caminantes de todos los caminos jalonados de los mismos sentimientos.

Nazarenos y Estudiantes que aquí, en Antequera, os habéis hecho los más recios valedores del frondoso árbol de la Cruz, y por las calles de Málaga andan convertidos en los más rendidos vasallos de un Rey Coronado de espinas, y en el aire de Sevilla ese mismo sentimiento se hecho lirio humilde que llora a los pies de la Buena Muerte de Jesús y fuerte Columna donde se sustenta la fe en el luminoso Vélez y en la melancólica Granada Meditación serena sobre las palabras inolvidables de amor y de entrega que Jesús pronuncia desde la cruz.

Nazarenos y Estudiantes, nazarenos de todos los tiempos y todos los caminos de Andalucía: La procesión se ha puesto en marcha.

Ayudad de nuevo al nazareno que nos muestra la cruz gloriosa, contemplad la serenidad que Jesús irradia desde la Cruz, bendecid y cantad las glorias de María que dijo de nuevo hágase al pie de la Vera Cruz.

Ser cofrade cada día del año y además nazareno de Lunes Santo.

Sentir en la propia piel la carga del varal y el dolor cotidiano por tanta injusticia porque no nos valen las buenas palabras.

Reconocerse uno así mismo tras el capirote que enmascara y dar la cara, día a día, por nuestros hermanos, porque no podemos ser indiferentes...

Ser nazareno de Lunes Santo es ponerse a los pies de una Cruz, de la Verdadera Cruz, de esa de donde nos viene el Perdón, y sentir que nuestro esfuerzo no va a ser nunca vano.

Y la procesión marchará por la Calzada para convertirla en nueva calle de la Amargura al contemplar el sosegado deambular del Divino Nazareno que nos muestra ese patíbulo que es escándalo y consuelo.

Avanzará el Nazareno nuevamente por nuestras calles y su Sangre, su Preciosísima Sangre, irá calando en esta tierra, empapándola de amor y de misericordia e impregnará nuestros corazones con la alegría del que se sabe salvado.

Su perfil rotundo, perpetuamente abrazado a la Cruz, te está mostrando el camino.

Te está ofreciendo compartir la dura carga, que nunca fue la cruz llevadera ni liviana.

Te está diciendo no sólo que lo sigas, te está ofreciendo su carga. La suya y la del hermano.

Te está ofreciendo algo que te hará sentirte limitado y que sin embargo te eleva.

Cofrade toma la cruz y hazte nazareno. Toma tu cruz estudiante.

No la sueltes, no la olvides.

Toma la incómoda cruz de cada día, esa que hace que te esfuerces en cada momento, esa que te limita y te ata.

No la desprecies ni tampoco quieras pensar que sólo es tuya.

Compártela, que el que camina contigo, nunca deja de llevarla y ayuda cuando veas que a tu hermano las fuerzas le fallan.

Entonces sabrás, de seguro, porque se te hace un nudo en la garganta cuando ves caminar a Jesús Nazareno por la Calzada.

Espera Antequera el desenlace de tan impensable drama viendo la cruz levantada y dispuesta sobre ese monte donde la justicia humana fue capaz de ejecutar a quien sólo ofrecía con sus obras y sus palabras la paz y el amor entre los hombres.

Dibujándose el Santo Cristo verde a la entrada de la calle Encarnación el más profundo de los contrasentidos parece que está ante nosotros.

Encárnate para morir.

¿Era éste tu reino?.

¿Era este el programa maravilloso que tenías preparado?.

Señor que en la calle Encarnación puedes ser contrasentido y escarnio, ¿qué haces muerto en la cruz?.

¿Para esto has querido acampar entre nosotros?

Señor de la Alianza definitiva, cuesta pensar que eres Tú el Enmanuel que nacería en Belén.

Señor que muerto en la calle Encarnación eres la tremenda duda para el que no sea capaz de embriagarse de fe y esperanza.

Yo creo que tu muerte nos ha salvado.

Yo creo que tu muerte nos ha dado la vida.

Yo creo que Tú has roto definitivamente el velo que nos separaba del Padre.

Tremenda e impresionante teofonía, Señor, la de verte encarnado y muerto por nuestra salvación.

Señor que en la calle de la Encarnación te contemplo muerto por nuestros pecados, ¡dichosa la culpa que ha merecido tan fuerte rescate!.

Señor que transitas por la calle que recuerda que te hiciste hombre para salvarnos, deja que contemple la luz que aún brota de tus ojos, deja que escuche las palabras de tu boca ya enmudecida, que encuentre en tus llagas el manantial inagotable de la vida.

Señor que en la Cruz haces florecer mi fe, que crucificado te muestras exultante de amor, haz que la esperanza inunde nuestras vidas, haz reverdecir en nosotros todo lo bueno que pusiste en nuestras almas e ilumínanos el camino cuando la noche caiga.

Seguirá avanzando la procesión por ese itinerario único que sólo esta ciudad puede ofrecer y las torres de sus iglesias y las espadañas de sus conventos y las almenas de su castillo, elevándose sobre el paisaje, querrán ser mudos testigos del pausado deambular de ese rosario penitente que se va desgranando por calles y plazas.

Y querrá Antequera lucir con más orgullo que nunca el mejor blasón de su escudo cuando vea a María asomarse por la calle de la Madre de Dios. Y será ese jarro de azucenas las mejores armas ganadas en la noble defensa, en la más certera causa, la que nos hizo aclamar antes que nadie aclamara que eres más pura que el sol, limpia como la mañana.

Calle de la Madre de Dios, invocación urbana que nos habla de la fe de un pueblo que sin cesar pregona que Ella es Consolación y Esperanza,

Socorro para el que le invoca;
amor entrañable, pues su Piedad es tanta,
que a pesar de tener el corazón traspasado con el Mayor Dolor de una Madre,
con siete Dolores que son espadas,
en la Soledad del Calvario, aceptó ser nuestro Consuelo y la Paz de nuestra alma.

Virgen de la Vera Cruz mecida bajo un palio que es símbolo colocado como certeza de tu dignidad, en Ti vemos la custodia perfecta, el más acabado sagrario, la más preciada prenda, azucena antequerana, que vas poniendo dulzura en la tarde que se apaga, que vas llevando sosiego al alma que se quebranta, suave óleo para las heridas, agua cristalina que la sed apaga, motor para el desaliento, faro en la tempestad, estrella de la mañana.

Consejera generosa, consecuente y entregada que amaste hasta el extremo y que al pie de la cruz, callada, nos recibiste como hijos sin pedir a cambio nada.

Mujer que en tu vida supiste lo que era el abatimiento y la aflicción, que conociste el amargo sabor del dolor y la soledad, deja que te mostremos a nuestros hermanos triunfante por tu participación consecuente en el drama de la cruz.

Señora que al pie de la Vera Cruz, eres ejemplo de la Iglesia Universal y modelo de todo creyente, deja que te mostremos como la Virgen gloriosa y asunta al cielo, revestida del ropaje de la salud y cubrirta con el manto de la justicia, poderosa sobre el universo y coronada como su reina.

Mujer que conociste la dureza del exilio, el quebranto de la pérdida, y la angustia de un

camino que dejó sobre tus brazos a Jesús ya muerto, deja que nuestro esfuerzo sea tu trono, que la plata de la luna sea tu peana, y la caricia de las flores alivio para tus penas.

Deja que te alabemos y te bendigamos, mujer llena de gracia, Madre y Corredentora y Mediadora que nos procura todas las gracias.

Puente inquebrantable que nos lleva a Cristo, azucena virginal que el sol saluda cada mañana.

El cadencioso deambular, está llegando a su fin.

Y en esa calle que Antequera ha consagrado a María, los varales del palio querrán, una y otra vez, acercarse a la Señora para decirle todo eso que nuestro corazón siente y que somos incapaces de traducirlo a palabras. Decirle que su advocación es la definición más acertada de ese misterio, fuente inagotable de vida y amor, proposición ajustada que define mejor que ninguna el papel valiente y decidido de María que firme al pie de la Cruz fue el sí constante, el hágase permanente a la voluntad de Dios.

Espejo donde se miran los cofrades de mi tierra y causa de nuestra alegría, ese mismo Lunes Santo, casi a la misma hora que sales por Antequera, en Málaga veo brotar una azucena que está regada con sangre generosa y que se abre con la luz gloriosa que irradia la Cruz. Azucena que como Tú, nace rodeada de espinas, flor inmaculada que brota entre cardos, humilde lirio que acepta el dolor y convierte su fragilidad en fortaleza. Señora de los Dolores que estás al pie de la Vera Cruz, sigue mostrándonos a Jesús el fruto bendito de tu vientre.

La procesión finaliza y el compás del templo abierto para recibir a la Cofradía parece entonar aquel salmo que dice:

" Alzad puertas vuestros dinteles y dilataos portales
seculares para que entre el rey de la gloria "

La música está sonando y las notas de un himno nos hablan de alegría y de juventud. Música señera metida en el compás de una marcha que está llevando a los cuatro vientos que los Estudiantes avanzan. Avanzan con paso certero, con paso firme avanzan.

Y la letra de ese himno yo quisiera traducirla a nuestro lenguaje, que es un lenguaje cargado de esperanza para que de verdad tenga pleno sentido en nuestra Semana Santa:

Alegrémonos pues somos cofrades, y aunque llegemos a viejos un espíritu de juventud siempre nos arrastra.

Alegrémonos de ser hermanos y de saber que tras la muerte amarga, la Cruz nos ha dado la vida y nuestra carne humana será tierra fecunda, abonada de esperanza, regada con el agua viva de la fuente que mana al pie de la Cruz gloriosa que nos salva.

La procesión ya ha concluido y la alegría que nos ha inundado los corazones y la esperanza que se abre a un nuevo Lunes Santo se elevarán por las bóvedas del templo.

Saludarán los Hermanos Mayores a los hermanacos, y a todos nos costará irnos a casa que no hay tiempo más bello para el cofrade que ese inmediato al fin de la procesión; ese en el que se cuentan las mil y una cosas acontecidas, la anécdota del itinerario, lo de la Cuaresma pasada, hasta aquel absurdo incidente, tantas y tantas llamadas a los hermanos y amigos a que vengan por esta casa.

Ha merecido la pena después de acumular tanta esperanza. Parece que todo ha sido un sueño y queremos una y otra vez contemplar a las imágenes que también encontramos cambiadas, parece que nuestra alegría en ellas también se reflejara. Y al fin, hecho el silencio, cuando ya nada parece recordarnos el ruido y el movimiento de la procesión, el cofrade, sin que nadie lo vea, rezando o llorando, ¡qué más da!, pero mirando siempre frente a frente a las imágenes de su devoción se da cuenta de la grandeza de su trabajo.

Estudiantes de Antequera que os gloriáis en la Cruz Salvadora de Cristo y que exaltáis a María como la Mujer consecuente junto a Él.

¡Qué fuerte tarea os anima, qué gran reto soportáis, qué nobles sentimientos os mueven!.

¡Seguid haciendo llegar el mensaje de Jesús!

El mensaje del que muriendo nos salva, del que fue capaz de convertir el patíbulo en gloria, del que fue generoso al extremo y que tanto nos llegó a amar que tras su infinito Perdón nos entregó a su Madre.

Nazarenos de la Vera Cruz de Antequera:

¡Seguid mostrando el árbol Glorioso de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo!.

¡Seguid tenaces en vuestra tarea, seguid animados en vuestra labor!.

Que no decaiga el empeño. Sabed que tras ese trabajo en la feria, tras ese Belén navideño, tras esa restauración y ese dorado, tras esa sensibilidad y esa armonía, estáis mostrando el árbol glorioso de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo.

¡Seguid, Estudiantes de Antequera, dándoos a los demás!.

¡Seguid compartiendo alegrías, seguid imponiendo hermandad!.

¡Seguid Estudiantes mirando a María que Ella es modelo de todo cristiano, que Ella es prototipo de todo cofrade, que Ella fue la primera que sin titubeos y sin desfallecer se abrazó al glorioso árbol de la Vera Cruz!.

¡Seguid Estudiantes en vuestro empeño que el Lunes Santo será la consecuencia exacta de esa labor que no tiene precio y que nadie la paga!.

De esa labor que no espera premio, mejor, que espera el premio de poder mirarla a la cara y adivinar su sonrisa encubierta por sus lágrimas.

He dicho.